

SOBRE LA CARTA APOSTÓLICA
MANE NOBISCUM DOMINE
CONVOCANDO LA CELEBRACIÓN
DEL AÑO DE LA EUCARISTÍA

JUAN MIGUEL FERRER GREDESCHE
INSTITUTO TEOLÓGICO "SAN ILDEFONSO"
TOLEDO

INTRODUCCIÓN: UNA SÍNTESIS

El propio Juan Pablo II presenta el Año de la Eucaristía "en cierto sentido, como un año de síntesis, una especie de culminación de todo el camino recorrido" (*Mane Nobiscum Domine* = MND 10). Se refiere al camino iniciado desde *Tertio Millennio Adveniente* y la preparación de Gran Jubileo del año 2000, con el programa pastoral de *Novo Millennio Ineunte* y con las aportaciones de la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae* y de la Encíclica *Ecclesia de Eucaristia*. Pero, de hecho, se trata de una síntesis más amplia, es la síntesis del magisterio y la tarea de un Pontificado. Por ello el mismo Papa inicia esta consideración abarcando desde su primera encíclica: *Redemptor hominis* (cf. MND 7).

La lectura de *Mane Nobiscum Domine* confirma esta intencionalidad, lograr un año que aglutine las claves de todo un pontificado: Jesucristo, contemplar a Jesucristo, "aprender" a Jesucristo, anunciar a Jesucristo. Pero además el Papa, en el título del capítulo I, vincula esta idea central de su pontificado al acontecimiento Conciliar: "En la línea del Concilio y del Jubileo".

Su pontificado se presenta desde esta Carta Apostólica como la interpretación y aplicación "auténticas" del Concilio Vaticano

II. Y esta es para mí la aportación más importante de esta Carta, en sí sencilla y esquemática: da las claves para entender el ministerio de Juan Pablo II y lo que él considera el núcleo esencial y la clave de interpretación y aplicación del Concilio Vaticano II.

No en vano, la estructura de *Mane Nobiscum Domine* parece calcada sobre el documento final del Sínodo extraordinario de 1985 sobre el Concilio Vaticano II¹. Y ésta será la falsilla que yo tome para analizar la Carta Apostólica y, de algún modo, el magisterio de Juan Pablo II y los retos actuales para la aplicación del Vaticano II.

Como en el Concilio, la Iglesia hoy se encuentra en un contexto que no parece cambiar, al menos por lo que respecta a algunos de sus rasgos fundamentales, que afectan a la Iglesia y a su misión. Esto hace difícil el anuncio de la acogida del Evangelio: la secularización, la indiferencia religiosa, el materialismo y los ateísmos prácticos. Y los cristianos, especialmente los agentes de la pastoral eclesial, corren el riesgo de sucumbir al desánimo y el desaliento como los discípulos que caminaban hacia Emaús. Y en tal contexto, como en los días del Resucitado y sus apariciones, como en los días del Concilio, se nos ofrecen las Escrituras y los sacramentos, la Palabra de Dios y la Eucaristía, que en la Iglesia hacen presente al Señor.

Así el Sínodo de 1985 hablaba de la Palabra y los sacramentos que renuevan la vida de la Iglesia, fortalecen su comunión, la capacitan para asumir la cruz y la proyectan a la misión.

Pero aquí la idea motriz es la presencia viva y vivificante de Cristo: en la Iglesia, en la Eucaristía, en su Palabra proclamada. Este Cristo considerado *epafax* de la historia, así lo señala Juan Pablo II (MND 6) citando el Concilio: “Cristo es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización” (cf. GS 45).

No es casual que la cita sea la de la *Gaudim et Spes*. El cristocentrismo de Juan Pablo II no es ni una afirmación de saber eclesiástico ni de devocionalismo. Es una profunda convicción teológica y humana. Es un grito que trasciende al ser humano

¹ SÍNODO 1985, Documentos del Sínodo 1985, a los veinte años del Vaticano II (Madrid 1985).

y a la creación entera, pues en su raíz y desarrollo más íntimo esta Cristo. Un Cristo completo² y real, un Cristo sin el cual no sólo no se entiende la fe católica, sino que no se entiende ni el hombre ni la creación³.

La visión de Juan Pablo II reivindica la puesta al día más radical de la Iglesia en la línea del Concilio. Una Iglesia para anunciar y hacer presente a Jesucristo. Un Cristo que por medio de ella tiene que ser proclamado en la entraña de la vida humana, sus dramas y esperanzas en cada generación. Un Cristo que no es reducible a liderazgos religiosos o sociales ni a melosas consideraciones devocionales. Es un Cristo Dios y Hombre, sufriente y crucificado, que desciende a los infiernos y resucita glorioso arrastrando y penetrándolo todo con la gloria de su divinidad.

Ningún ser humano puede sustraerse a la atracción de este Cristo, hay que vencer todo miedo⁴. No se nos ha dado otro nombre que pueda salvar⁵. Rechazar a Cristo es negar el futuro de la humanidad, Él es nuestra esperanza⁶. Ante quienes sostienen que estas afirmaciones conducen a un fundamentalismo religioso, Juan Pablo II distingue entre las acciones contrarias al espíritu evangélico de algunos cristianos y el resultado de la propia lógica evangélica. Un seguidor de Cristo “podrá ser un mártir, pero nunca será un torturador”⁷, la amenaza ha venido y viene de otras partes.

Podemos decir que este cristocentrismo universalista nace de la idea de la Encarnación y está afirmando que la unidad de Cristo garantiza la unidad de destino de los planos natural y sobrenatural, pero afirmando la no mezcla, la no confusión y la distinción entre sus dos naturalezas está salvando lo que el

² Cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millenio Ineunte* (= NMI) 16-28.

³ Cf. *Id.*, Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente* 10.

⁴ Cf. *Id.*, Encíclica *Redemptor Hominis* 18.

⁵ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, especialmente 13-15.

⁶ Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in Europa* (= EE) 19-22.

⁷ Cf. MND 26 (final).

Concilio llamó la justa autonomía del orden temporal⁸ y estaba salvaguardando al pensamiento cristiano de todo riesgo de fundamentalismo o integrismo religioso.

Cristo tal y como lo vive y presenta la Iglesia, Éste que es la clave de nuestra Carta Apostólica y de la vida y enseñanza de Juan Pablo II, es un Cristo *con nosotros* y un Cristo *siempre actual*. Es el Cristo que es luz, camino, vida, verdad para todo hombre y en toda circunstancia humana y que exige de la Iglesia que le presente y le viva de este modo, es la idea proclamada hace ya tanto tiempo por san Agustín “belleza tan antigua y siempre nueva”⁹. Realmente no se si la Iglesia en general, los fieles, hemos estado a la altura del mensaje conciliar y de los esfuerzos del Papa.

Este Cristo completo y siempre actual, siempre revelador y redentor es el que se hace presencia en la Palabra y el Sacramento, en El se funda la comunión y El es quien impulsa la misión “*como el Padre me ha enviado*”. Pasemos a desarrollar los puntos fundamentales de nuestra carta.

I. LA PALABRA Y LA LITURGIA, FUENTES DE LAS QUE VIVE LA IGLESIA

1. *Les explicó lo que se refería a el en toda la Escritura*¹⁰

El episodio de los dos de Emaús le sirve a Juan Pablo II para presentar la lectura de toda la Escritura en clave cristológica destacando su unidad y su sentido tipológico. Al mismo tiempo que ofrece la celebración y el misterio eucarístico como clave hermenéutica para acceder al significado pleno de la Escritura. La fe permite que el creyente, guiado por Jesucristo, entre en las profundidades de la vida divina (cf. MND 11-13) a través de la Palabra.

⁸ Cf. GS 36.

⁹ S. AGUSTÍN, *Confesiones* (CSEL 33, 255).

¹⁰ Cf. MND, capítulo II; también, SÍNODO 1985, *Argumentos particulares del Sínodo*, B) Fuentes de las que vive la Iglesia.

Hay aquí toda una llamada a aprender a leer las escrituras en cristiano, para lo cual la celebración eucarística va a ser un lugar privilegiado. Ahora bien, para ello no basta leer en las lenguas propias de cada uno, hace falta proclamar la Palabra “con cuidado, preparación previa, escucha devota y silencio meditativo, tan necesarios para que la Palabra de Dios toque la vida y la ilumine” (MND 13).

Sí, en efecto, este modo de leer es el que permite que la Palabra toque al ser humano y le haga arder el corazón. Entendida como lo que es: palabra de Dios y comprendida en su unidad, como hablando de y haciendo presente a Cristo. En profunda unidad y complementariedad con el sacramento como ya señalaba el Concilio¹¹ y la *Ordenación General de las Lecturas del Misal Romano*¹² que muestra la afinidad entre la revelación¹³ y la celebración y presenta ésta como etapa de la historia de Salvación¹⁴.

Al servicio de esta comprensión de la Palabra ha de estar la homilía, parte integrante de la celebración eucarística y que se hace, o tendría que hacerse, escuela de lectura orante y vital de la Escritura, momento máximo de su comprensión y recepción. No en vano este es en gran medida el contexto privilegiado de la exégesis patristica y de la que la misma escritura hace en ocasiones de sí misma. Sin desdeñar en nada los métodos de la exégesis científica y sus múltiples técnicas, una lectura completa de los textos no puede prescindir del criterio que aporta la celebración litúrgica.

2. *Lo reconocieron al partir el pan*

Pero el episodio de la aparición a los de Emaús culmina con el reconocimiento de Cristo en el signo de la fracción del pan. Y es que como dice Juan Pablo II “una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos «hablan»” (MND 14).

¹¹ Cf. SC 24.

¹² ORDENACIÓN GENERAL DE LAS LECTURAS DEL MISAL ROMANO (2) 1981, 6.

¹³ DV 2.

¹⁴ Cf. C. VAGGAGINI, *El sentido Teológico de la liturgia* (Madrid 1965) 9 ss.

La Eucaristía aparece como banquete al servicio de la comunión con Dios y entre nosotros, no deja de ser Sacrificio pues es el memorial del Señor muerto y resucitado. En ella esta presente el que vive y muestra sus llagas. Y, además, es signo escatológico, es “prenda de gloria futura” que nos encamina hacia la esperanza (cf. MND 15). En fin, como dice el Papa es “un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones” (MND 14).

Pero nuevamente, como en el caso de la Palabra, si la Eucaristía tiene un valor excelso es porque en ella estamos ante Cristo. La “Eucaristía es misterio de presencia, a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo” (MND 16). Tal es esta presencia que la Eucaristía se convierte en el “centro de la vida cristiana” (MND 17).

Pablo VI reivindicaba el valor del término teológico clásico *transubstanciación* para el explicar el modo concreto de esta presencia¹⁵ que él mismo decía *real*, no por exclusión, sino por antonomasia¹⁶. Nuevas explicaciones sobre la presencia real y su forma como la de la *transignificación* o la *transocialización* sirvieron para destacar la dimensión personal de la presencia eucarística o su fuerza transformadora, pero ninguna de ellas puede prescindir de las verdades expresadas en el término *transubstanciación*, pues son el fundamento de cualquier otra especificación de esta forma peculiar de presencia de Cristo que se da en la Eucaristía.

En la Eucaristía el sentido del memorial alcanza su plenitud. Todo Cristo y toda la fuerza de su obrar están en la Eucaristía: es el “sacramento de nuestra fe” y es *res mirabilis*. Realmente la Eucaristía siendo sacramento para nutrimento de los cristianos es también presencia y signo para todo ser humano y para todo el universo. En ella está realmente y vivo el Cristo que es centro y motor de la historia y de la vida de todo hombre. La maduración teológica nos lleva, del ocultamiento, bajo la ley protectora del arcano, a la ostensión pública por calles y plazas en las procesiones eucarísticas. La verdad de la Eucaristía exige esta

¹⁵ PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios* 25 (especialmente nota 19).

¹⁶ PABLO VI, Encíclica *Mysterium Fidei* 39.

doble atención, la del respeto y la de la publicidad. Siendo cierto que la publicidad exige que a la mostración del signo sacramental acompañe la proclamación de la fe de los creyentes.

El Santo Padre nos invita a realizar un esfuerzo, a lo largo de este año, para conocer, celebrar, adorar y vivir el sacramento de la Eucaristía. Es el momento de retomar su Encíclica *Ecclesia de Eucaristia* para realizar esta catequesis con sus cuatro primeros capítulos, repasar la celebración con su capítulo V y procurar llevarla a la vida de la mano de María con el capítulo VI.

Es también lo que se nos invitaba a realizar en el capítulo IV de la Exhortación *Ecclesia in Europa*, especialmente en los números 70 al 72 de la misma, así como en el número 75 y el 78.

En este contexto resulta curiosa la llamada del Papa, vinculada a la necesidad de recuperar el sentido de lo sagrado¹⁷, a valorar el silencio, el silencio en la celebración, como modo de participación plena, y el silencio en la adoración fuera de la Misa. Si del Barroco y de su estética se dijo que tenía miedo del vacío, de nuestra civilización se puede decir que tiene miedo del silencio. Nuestra liturgia está empachada de verbalismo. Y el miedo al silencio puede ser expresión del vacío interior que provoca la falta de fe, o del deseo de no escuchar, ni la voz de la conciencia, ni la voz de Dios.

No me cabe duda que hoy la falta de silencio es señal de falta de vida religiosa, de falta de fe. Ante Cristo y ante su Misterio se reclama la actitud religiosa del pequeño Samuel “habla, Señor, que tu siervo escucha”, la actitud de María, llena de fe, dichosa porque ha creído: “he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra”.

El silencio es una actitud irrenunciable en la liturgia y en la vida y experiencia religiosa que señala la trascendencia y primado de la acción de Dios en nuestra vida personal y comunitaria. Es la actitud de la recepción y el saboreo de los dones de Dios que nos capacita para la alabanza y el testimonio, como vemos en María al proclamar, tras el silencio de la Concepción, su Magnificat en la Visitación.

¹⁷ SÍNODO 1985, II B b 1.

II. LA EUCARISTÍA FUENTE Y EPIFANÍA DE COMUNIÓN¹⁸

En la Eucaristía se actualiza la donación que Dios hace de sí mediante la entrega de su Hijo y la acción de su Espíritu. Siendo la Eucaristía presencia real de Cristo entregado establece la base de toda comunión con Dios y de los hombres entre sí, más allá de todas las barreras humanas.

Siendo banquete, realiza esta comunión que día a día edifica a la Iglesia, como desarrolló magistralmente Juan Pablo II en el capítulo 4º de la Encíclica *Ecclesia de Eucaristia*, la Eucaristía crea comunión y educa a la comunión¹⁹.

La comunión eclesial descubre aquí sus raíces más profundas y sólo así se entiende como una Iglesia de comunión pueda ser “como un sacramento para la unidad del género humano”²⁰.

La comunión no es un concepto reducible a lo sociológico, una forma de vivir los fieles su *ciudadanía* en la Iglesia. Se trata del profundo parentesco espiritual que une a los renacidos por su participación en la resurrección de Jesucristo, que les hace ser “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32), ser “cuerpo de Cristo” y “Pueblo de Dios”. Las expresiones de esta comunión arrancan también de la celebración de la Eucaristía que es la “principal ‘manifestación’ de la Iglesia” (MND 22) pues ella ofrece el contexto teologal que permite descubrir su auténtico sentido.

Pero la celebración eucarística impulsa también el genuino espíritu o espiritualidad de comunión. Juan Pablo II definió ésta con precisión en *Novo Millennio Ineunte*²¹. Sin él la comunión se puede ver reducido a mero concepto y sus expresiones institucionales a meros formulismos o burocracia.

Por todo ello resulta conveniente que recojamos el desafío de esta Carta Apostólica en su número 21 y procuremos que nuestra celebración eucarística cree en nosotros y manifieste una mayor comunión jerárquica y una más viva comunión fraterna.

¹⁸ Cf. MND, capítulo III; también, SÍNODO 1985, *Argumentos particulares del Sínodo*, C) La Iglesia como comunión

¹⁹ EE 40.

²⁰ Cf. LG 1.

²¹ NMI 43.

Educar para la participación es o tiene que ser educar para la comunión. El despojamiento que exige acoger el don nos ha de servir para acoger al hermano. La humildad de celebrar con unos ritos y textos entregados nos tiene que llevar a servir y aceptar cada día más al prójimo.

Precisamente en este contexto Juan Pablo II nos vuelve a invitar a redescubrir y vivir plenamente el domingo como día del Señor y de la Iglesia (MND 23), llamada que ya nos hizo más ampliamente en su Carta Apostólica *Dies Domini*²² especialmente en su capítulo 3º, también recientemente ha insistido en ello en su Exhortación Apostólica *Ecclesia in Europa* en los números 81 y 82.

Hay un nexo entre Eucaristía, domingo, Iglesia-comunión e identidad eclesial y cristiana. La insistencia sobre el sentido cristiano del domingo, ya presente en el Concilio cuando lo llama “fiesta primordial” de los cristianos²³, está directamente relacionada con la importancia de la Eucaristía para *hacer* la Iglesia y de la “misa parroquial” del domingo, que convoca a toda la comunidad²⁴, para salvaguardar la identidad cristiana. Una fe apoyada en la religiosidad natural que cree en *Algo* o en *Alguien* puede sustentarse tal vez en uno o dos momentos de emoción religiosa colectiva al año, pero la fe en Cristo como comunión con su persona y con su cuerpo, que es la Iglesia, requiere la pascua semanal, para afianzar la obra y el don de Dios y su dirección sobre nuestra vida. En verdad no puede mantenerse la fe cristiana viva sin el domingo y la eucaristía dominical²⁵. No es el precepto eclesiástico el que genera la necesidad de ir a misa los domingos es la necesidad la que motiva el precepto.

²² JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Dies Domini*.

²³ Cf. SC 105.

²⁴ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, Instrucción *Actio Pastoralis*, 10 a.

²⁵ Cf. “Actas de los Mártires Saturnino y compañeros (c. 304)”, en: SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA, *Día del Señor* (Madrid 1992) 19-20.

III. LA EUCARISTÍA PRINCIPIO Y PROYECTO DE MISIÓN²⁶

En un libro, ya clásico, el cardenal Ratzinger decía que “entre las estructuras de lo cristiano está la *Ley de lo abundante*” que se puede aplicar, como hacía el autor, a la moral, o también a la misión²⁷, aquí el Papa nos dice: “Cuando se ha tenido verdadera experiencia del Resucitado, alimentándose de su cuerpo y de su sangre, no se puede guardar la alegría sólo para uno mismo” (MND 24), lo dice de los de Emaús y para todos.

Y seguirá el Papa, en el mismo número, abundando en la idea: “El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano la exigencia de evangelizar y dar testimonio”.

Ya el Catecismo²⁸ señala, y el Santo Padre retoma aquí la idea, que el mismo nombre de “Misa” que damos a la celebración, tomado de las palabras de despedida en el Rito Romano, *ite, missa est*, indica como la eucaristía proyecta al cristiano a propagar el evangelio y a realizar toda clase de obras buenas, como ya señalaba Hipólito Romano en su Tradición Apostólica²⁹.

El Cristo, centro y culmen de todas las cosas, asentado en lo más profundo de la realidad como Señor, es el que está presente en la Eucaristía. Por medio del sacramento el modo de ser de Jesús “pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura” (MND 25):

La energía eucarística se hace espiritualidad y vida eucarísticas y así se realiza la plenitud del sacerdocio de los bautizados-confirmados instaurando todas las cosas en Cristo.

Lo que afirma Juan Pablo II en el número 80 de *Ecclesia in Europa* se cumple de este modo: “no se debe olvidar que el ‘culto espiritual agradable a Dios’ (cf. Rm 12,1) se realiza ante todo en la existencia cotidiana, vivida en la caridad por la entrega libre y generosa de uno mismo incluso en momentos de aparen-

²⁶ Cf. MND, capítulo IV; también, SÍNODO 1985, *Argumentos particulares del Sínodo*, D) La misión de la Iglesia en el mundo.

²⁷ Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo* (Salamanca 1979) 222-227.

²⁸ CEC 1332.

²⁹ HIPÓLITO DE ROMA, *La Tradition Apostólique* (SC 11 bis) 94-95.

te impotencia. Así, la vida está animada por una esperanza inquebrantable, porque sólo se apoya en la certeza del poder de Dios y la victoria de Cristo: es una vida rebosante de consolaciones de Dios, con las cuales hemos de consolar, por nuestra parte, a cuantos encontramos en nuestro camino (cf. 2 Co 1,4)”. Aquí en *Mane Nobiscum Domine*, entre los números 26 y 28 sintetiza la espiritualidad eucarística en gratitud, que confiesa el primado y la iniciativa divina, y en un servicio solidario que es expresión de amor y desarrollo de la comunión en su fundamento cristológico y sus dimensiones de universalidad.

El Santo Padre llega a firmar que el compromiso por afrontar alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo servirá de comprobante a la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas (cf. MND 28) y en la conclusión afirma su deseo de que este año sea “estímulo para celebrar la Eucaristía con mayor vitalidad y fervor, y que ello se traduzca en una vida cristiana transformada por el amor” (MND 29).

Me resisto a entender estas afirmaciones del Papa como simples consideraciones piadosas. El misterio de Cristo, culmen de la obra creadora de Dios, es misterio de entrega sacrificial y de amor, es encarnación y pascua y se hace memorial y permanencia en la Eucaristía. La Iglesia se hace participando en este Sacramento y ella misma en cada uno de sus miembros se hace sacramento de esta misma entrega hasta alcanzar el fin de un deseo irrefrenable de plenitud y circularidad, una recapitulación que todo lo llena de Cristo, todo lo somete a Cristo, para que, al fin, Dios lo sea todo en todos.

Esta dimensión misionera de la Iglesia-Eucaristía, habla de la naturaleza de la Iglesia³⁰ y habla de una realidad que responde al grito, al gemido inconsciente de la creación entera, que aguarda la plena manifestación de los hijos de Dios. Hay aquí una clave que trata de la realidad más profunda del mundo y del hombre y del papel de la Iglesia, hoy, cumpliendo su misión ante esta realidad. Una comprensión del hombre y del mundo que nace de la fe en Cristo y que reclama una respuesta coherente de la Iglesia que hace la Eucaristía y al mismo tiem-

³⁰ EE 45, citando PABLO VI, *Evangelii nuntiandi* 14.

po es hecha por la Eucaristía desde la presencia vital y vitalizante que la colma.

Una Iglesia profundamente divina, consciente del misterio que custodia y manifiesta, pero profundamente comprometida con la causa de cada ser humano porque es testigo de quien “soporta” a cada hombre y el peso de todo lo que existe conduciéndolo a la plenitud. Es la conjunción que Juan Pablo II ha realizado, sorprendiendo a muchos, que juzgaban extraño su amar la defensa de la fe tradicional y su audaz mensaje social ante las causas de la justicia, la libertad o la vida. Una misión constante, universal y urgente. Algo que nos supera, pero que se traduce en cosas muy sencillas y pequeñas. El Papa termina diciendo en el número 29 de su Carta Apostólica: “ No pido que se hagan cosas extraordinarias, sino que todas las iniciativas se orienten a una mayor interioridad. Aunque el fruto de este año fuera solamente avivar en todas las comunidades cristianas la celebración de la misa dominical e incrementar la adoración eucarística fuera de la misa, este año de gracia habría conseguido un resultado significativo... No obstante es bueno apuntar hacia arriba...”

Sí, que el deseo sea grande, que desde el principio se perfile la plenitud que deseamos, aunque tal grandeza se hace realidad desde un *hacer divinamente lo que tenemos que hacer*.

CONCLUSIÓN

Escribo estas pobres reflexiones al hilo de la Carta Apostólica *Mane Nobiscum Domine* cuando el Santo Padre está gravemente enfermo y el temor por su vida ha llevado a que se le administre el sacramento de la Unción de los enfermos, no puede evitarlo, todo me invita a insistir en un leer estas cortas líneas como un testamento espiritual, ya había algo de eso en su carta sobre el rosario. Aquí Cristo, el Cristo completo es la síntesis del Concilio y de la enseñanza y testimonio de su pontificado. El Cristo que haciéndose presencia hace a la Iglesia desde la Eucaristía. Un Cristo que es para el mundo, para los hombres, es “entrega” y “fundamento” así en la Eucaristía es banquete de comunión, sacrificio redentor y presencia permanente, así edifica y configura una Iglesia para la misión, es de-

cir, en la entraña misma de la causa del hombre y del mundo, asociada a su suerte y entregada totalmente a su servicio.

Y no creo exagerar al decir que esta verdad la ha encarnado Juan Pablo II en su enseñanza, su vida y su enfermedad, gracias Santo Padre.